

Y así corriendo, y entrañando unidos  
la fe, la duda, la bondad, los celos,  
cruzaron desde entonces confundidos,  
como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,  
por si errante algún alma se perdía,  
un punto con el dedo señalando,  
— ¡Por allí!... — con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,  
con perfecta humildad, con fe cristiana,  
cada cual baja á ser acá en el mundo  
una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz despavoridas  
á las almas en pena allá á lo lejos,

que aun cruzan el espacio confundidas  
entre tenues y pálidos reflejos;

Y que, conforme de los cielos huyen,  
por el vapor que los espacios puebla,  
se deslizan sutiles, como fluyen  
los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,  
buscan las almas su postrer calvario,  
y van, por Palaciano conducidas,  
de la tierra al infierno temporario.

Parte Jesús: el cielo está sombrío;  
siguen las almas su camino incierto;  
se alejan Paz y Honorio, y el vacío  
hasta de sombras se quedó desierto.



## ESCENA XXXVII

El pecado de la envidia

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisíaco*

PERSONAJES. — PAZ. — HONORIO. — LEONOR DE NAVARRA

## ARGUMENTO

Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra. — Después Honorio ve la imagen de su hermano, á quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,  
corren, sintiendo duelos sobre duelos,  
los astros de los vicios capitales,  
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,  
en su calvario sideral pasaron,  
los grupos de unas islas misteriosas  
de un celeste archipiélago encontraron,

Y en una de ellas con sorpresa miran  
un claro edén, en derredor sombrío,  
y en medio de un infierno, un cielo admiran,  
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado  
de las áridas gredas de un desierto,  
y fuera del oasis encantado,  
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,  
no envidiosa jamás, siempre envidiada;  
con su eterna verdura, parecía  
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones  
descansaban en paz, sin ansia alguna,  
pues brillaban en él todos los dones  
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado  
mirando el astro en derredor, se advierte  
un árido país, tan desolado  
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;  
dentro, el amor y el religioso anhelo:  
para castigo, el que envidioso admira,  
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,  
aparta de él las envidiosas gentes  
un cercado de cactus, que, terrible,  
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

Y en torno, cual si fuesen rencorosos  
vampiros, por sus tumbas vomitados,  
contemplan el edén, los envidiosos,  
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente  
maldice el bien ajeno hasta el delirio:  
se envidia todo allí; tan solamente  
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,  
con ojos de rencor, que baña el llanto,  
se entregan rencorosos, por afuera,  
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,  
al herir á traición, sienten con ira  
la bárbara alegría del pirata  
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,  
á fuerza de esperar, se desesperan,  
y que pasan la vida contemplando  
cuánto tardan las muertes que se esperan,

Llevando del rencor los atributos,  
los ojos sin candor, verde la cara,  
van, por la envidia pálidos y enjutos,  
Sila, César, Caín y Trastamara.

También, furiosa, en recorrer se afana  
de aquel edén por la región externa,  
la que ha dado, envidiosa de su hermana,  
por un mes de reinar, la vida eterna.

— ¿Qué buscáis? — dijo Paz ; y separando  
la vista, con espanto, de los cielos,  
esta historia Leonor le fué contando,  
de ambición abrasada, envidia y celos:

LEONOR DE NAVARRA

«Yo soy de Foix la criminal Condesa,  
reina que fuí de la Navarra un día,  
señora del Bearne y gran Duquesa  
de Montblanc, de Nemours y de Gandía.

»Muerto por orden de Don Juan, su padre,  
Carlos, mi hermano, Príncipe de Viana,  
para subir al trono de mi madre,  
me estorbaba después Blanca, mi hermana.

»Ciega una vez, con envidioso encono,  
hice que Blanca acompañase á Carlos;  
estos que impiden que se suba á un trono,  
no acaban de morir, y hay que matarlos.

»Guardé esa vez con criminal bajeza,  
disfrazada de Inés, de Blanca el sueño,  
como esconde el esclavo la cabeza  
al ir, astuto, á asesinar al dueño.

»Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa,  
la dí á beber... y al verla envenenada,  
la ilusión me asaltó, vertiginosa,  
de ser muerta con ella y enterrada.

»Luego, dudando, prorrumpió inocente:  
— El aire es de Leonor, de Inés el manto... —  
Yo, al ver que me miraba fijamente,  
volviendo el rostro, encanecí de espanto.

»Sintiendo el fuego que en su pecho ardía,  
con voz de madre, á un tiempo, y soberana,  
sacudiéndome el brazo, me decía:  
— ¿Sois Inés de Aguilar, ó sois mi hermana?

»¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea,  
si te doy el perdón, que á Dios le pido?  
Me has muerto, Inés, Leonor, ó la que sea,  
y es fácil mi perdón, mas no tu olvido.

»¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte  
este licor con que la fiebre amanso!  
Por él, gracias á ti, tendré la muerte...  
digo, Inés ó Leonor, tendré el descanso.

»¡Hondo el letargo es de mi vida dueño;  
pídele á Dios, cuando expirar me veas,  
la gloria para mí, para tí el sueño,  
y adiós, Inés, Leonor, ó la que seas! —

»Yo, como el vil que mata de rodillas,  
del veneno las huellas contemplaba,  
y de Blanca el aliento mis mejillas,  
como erupción volcánica, abrasaba.

»Oí luego un gemido pavoroso,  
que el término anunciaba de sus males:  
no harían un rumor más espantoso,  
al partirse, las losas sepulcrales.

»Con furia tal mi brazo asió, expirando,  
que la atraje, al huir, cayendo al suelo.  
Quise escapar, mas la llevé arrastrando...  
¡Es un horrible vengador el cielo!

»¡Roí, con el sudor de la agonía,  
uno á uno sus dedos, inclemente!...  
En cambio, á mí también, desde aquel día,  
me roe el corazón una serpiente!

»¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba  
de pensar ni temer tan viles cosas,  
mi alegre jardinera, que miraba  
cuál se abría el capullo de las rosas!

»Así, muriendo resignada y pura,  
Blanca su cárcel por el cielo deja;  
yo al fin de aquella noche de tortura,  
miré á un espejo, y me encontré ya vieja.

»Y todo ¿para qué? Mirad, — decía, —  
mirad la causa de mi eterno llanto!  
Y lanzaba hacia el cielo, que se abría,  
una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonor de envidia y celos,  
mira de Blanca la inmortal belleza,  
y que brilla cual reina allá en los cielos,  
coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso,  
tanto Leonor con sus rencores lidia;  
pues siempre en aquel cielo el envidioso  
ve lo que teme, y teme lo que envidia.

Al mirar que de Blanca el pie divino  
sobre un trono de estrellas se apoyaba,  
y que su frente un cerco peregrino  
de cabezas de arcángeles rodeaba,

Por no verla, Leonor huye, lanzando  
no sé qué frases de rencor su boca,  
y mira de reojo al cielo, alzando  
el rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,  
retumbando confusos á su lado,  
todos los ecos de terror oídos  
desde el día en que Abel fué asesinado.

«¿Y mi posteridad?... ¡Dios iracundo, —  
grita, huyendo, Leonor, — así lo quiere:  
la raza de Caín, desde que hay mundo,  
nace, asesina, se deshonorra y muere!»

Mientras con ojos por la envidia hundidos,  
verde en lo interno y árido en lo externo,  
los envidiosos ven entristecidos  
aquel edén cercado de un infierno,

Miraba Honorio al cielo, y anhelante,  
hallando en él también lo que temía,  
al ver no sé qué cosa, en su semblante  
un no sé qué siniestro se veía.

Era su horror más grande que el mostrado  
por la vil que, entre envidias y entre enconos,  
aprendió, en quince días de reinado,  
cuánta es la futilidad de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma  
Honorio, por prodigio sobrehumano,  
ve, cual si fuese en su conciencia misma,  
la prisión y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamás reposa,  
todas las cosas fúnebres y extrañas  
que hace engendrar la envidia rencorosa  
cuando tuerce fatal nuestras entrañas;

Y corre, y corre más, siempre diciendo:  
— ¡Huyamos de este sitio, madre mía!... —  
Y á su madre arrastraba, huyendo... huyendo...  
con el glacial sudor de la agonía.

#### ESCENA XXXVIII

El pecado de la ira (PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES. — PAZ. — HONORIO — PILAR MONTESA

#### ARGUMENTO

Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan á aquel en que se purga el pecado de la ira, y encuentran á los homicidas, entre los que descuella Nerón. Hallan después á Pilar Montesa, la cual les dice, que después de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió á solicitar, y fingiendo ella admitir de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez á dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado creyendo que van al purgatorio las almas de los que, aun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedir á Dios el perdón de sus pecados.

Por la región del cielo esplendorosa  
dirigen Paz y Honorio sus pisadas,  
guiados por la senda luminosa  
que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando  
cómo sigue un tormento á otro tormento,  
y cuál se va sin término ensanchando,  
como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más ó menos luz, y siempre bellas,  
en un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,  
la interminable multitud de estrellas,  
como arena arrojadas al vacío,

Del cielo las profundas soledades  
poblaban, ya remotas, ya cercanas,  
y en unas y otras ven humanidades  
de nuestra triste humanidad hermanas.

Un día, entre tinieblas sepultado,  
á toda vida y movimiento ajeno,  
ven un astro en el cielo, abandonado  
como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,  
y en sus antros sin fin, de luz escasos,  
un silencio tan fúnebre reinaba,  
que ni el ruido se oía de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!  
Desespera la paz que allí se anida.  
Masa inerte, que flota en el vacío,  
privada de la luz y de la vida.

Cayendo á plomo, entumecido, el viento,  
en aquella región de espectros llena,  
los gemidos de rabia y sentimiento  
se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes  
el ansia de matar es su esperanza;  
rechinando de cólera los dientes,  
no piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injurias,  
su propia rabia es su mayor martirio,  
y escoltándolos siempre, cual tres furias,  
van el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,  
cual huye de lobeznos la manada,  
va un grupo de asesinos, por la boca  
arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida  
ve en el astro sin luz, dormido ó muerto,  
su pasión violenta, enardecida  
por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada  
despunta de Nerón la gentileza,  
como animal feroz, al cual por nada  
se le sube la sangre á la cabeza.